

Los Afrodisiacos

Por ENRIQUE GUARNER

La literatura clásica está plagada de seres que usan las drogas que incrementan el deseo sexual, sin que nunca se sepa en qué consisten realmente estas. Es así como Medea, en la tragedia de Eurípides, estrenada en 431 antes de J.C. se vale de toda clase de pócimas para recuperar a Jasón.

Juan Ruiz, mejor conocido como el «Arcipreste de Hita», es autor del Libro del Buen Amor que fuera publicado en 1343; en el que se muestra familiarizado con la farmacopea oriental introducida por los árabes en España. Según el poeta de Alcalá de Henares existían seis estimulantes básicos del erotismo. Ellos eran: El jengibre, planta tropical que crece en la India y Bengala, la flor del girasol, el sándalo derivado de una madera olorosa hindú, la semilla aromática y de sabor acre que es el comino, la especie denominada clavo y grandes cantidades de zanahorias que pueden remediar la impotencia.

El «Arcipreste de Hita» distinguía dos tipos básicos de amor, el bueno que procede de Dios y el loco que se siente hacia las mujeres. Este último es delicioso pero difícil de obtener. A continuación se pregunta: ¿No es placentero sentarse bajo la sombra de un peral, aunque uno sea incapaz de comer las peras?. Asimismo el poeta cree que el Señor no hubiera hecho a la mujer si no fuera para hacer compañía a los hombres, y agrega que aún la gente más fea se vuelve hermosa cuando llega a amar.

A pesar de la belleza de la lírica del «Arcipreste de Hita», es para mi manera de ver superior «La Celestina» que apareció atribuida a Fernando de Rojas en 1541. En ella se nos narra el enamoramiento de Calixto, joven rico y atractivo quien persiguiendo uno de sus halcones de caza conoce a Melibea quedando prendado de su belleza. De inmediato se lo manifiesta «requiriéndola en amores». Sin embargo, ella con palabras dignas y terminantes defiende su honor y lo rechaza.

El mancebo desdefiado prorrumpie en todo tipo de dolórosas quejas en presencia de Sempronio que es su sirviente. Después de un chispeante diálogo, este último se ofrece a traer a su amo a una vieja que es astuta hechicera, sagaz en cuantas maldades pueden existir, que sin duda provocará la lujuria en Melibea.

Pronto la curandera es llevada a casa de Calixto y fácilmente llega a un acuerdo con él recibiendo anticipadas hasta cien monedas de oro. Es entonces cuando Celestina manda traer de la cámara de los ungüentos, el bote de aceite serpentino, el papel que guarda escrito con sangre de murciélago, unas madejas de hilado e invoca al demonio diciendo: «Conjúrote triste Plutón, señor de la profundidad infernal. Yo Celestina tu clientela más conocida te conjuro por la virtud e fuerza de estas bermejas letras, por la sangre de aquella nocturna ave con que están escritas por la gravedad de apuestos nombres e signos en este papel, por la ponzoña de las viboras de que este aceite está hilado para que vengas sin tardanza a obedecer mi voluntad y enredes en ella a Melibea».

Acabado el conjuro se dirige Celestina a visitar a la joven y le entrega el hilado, lo que ocasiona que ella confiese su amor y otorgue una cita al caballero a las doce de la noche. Los amantes se declaran su mutua pasión y permanecen juntos hasta el alba, pero al saltar Calixto la tapia lo hace con tan mala fortuna que se estrella en el pavimento. Con la muerte de su amante y sintiéndose deshonrada Melibea también se arroja al vacío.

Podríamos concluir de acuerdo con las obras señaladas, que a lo largo de la historia el hombre ha hecho pesquisa y atribuido grandes poderes a diferentes sustancias que pudieran incrementar su deseo sexual. Estas formas de estimularse se clasifican dentro de dos grupos fundamentales: 1) Psicofisiológicas, las cuales incluyen formas táctiles, visuales y olfatorias. 2) Internas como son comidas, bebidas alcohólicas, preparaciones médicas y pociones o ungüentos amorosos. Por supuesto que el conglomerado citado en segundo lugar es el más importante, aunque como vimos en «La Celestina» fue el es-

tímulo táctil de un hilado, el que despertó la lujuria en Melibea. A pesar de la gran popularidad y del papel principal que los afrodisiacos tuvieron durante varias centurias, no existe ningún estudio científico que haya probado su efectividad.

Antes de revisar los alimentos a los que se atribuyeron resultados, vale la pena que examinemos los diferentes caminos que inducen al sexo. Ellos son: A) Estimulación directa sobre los órganos genitales; B) Masajes y baños en los que se activan tanto la piel como los músculos; C) Ilicitamiento visual proporcionado por fotografías o películas pornográficas y D) Tratamiento por deficiencias hormonales.

Entre aquellos alimentos que se consideraron como afrodisiacos cabe citar a los mariscos, ciertas verduras y algunas especies. Con la posible excepción de los llamados frutos del mar que contienen fósforo y los espárragos cuyo elemento químico es un diurético ninguna otra sustancia provoca una reacción fisiológica sobre el tracto genito-urinario. Dos de los más famosos afrodisiacos, las ostras y las trufas, carecen de alguna propiedad que pueda estimular sexualmente. La composición del ostión contiene: agua, nitrógeno, carbohidratos, sodio, yodo y fósforo. Tal vez pudiera ser este último elemento ingerido en cantidades industriales el que pueda incrementar el deseo erótico. Por otra parte las trufas llevan exclusivamente: grasas, carbohidratos, albumina y sodio, por lo que químicamente no pueden alterar más que en forma mínima el cuerpo humano. En realidad, ha sido el folclore popular el que ha atribuido su acción sobre la sensualidad.

Algunos autores han pensado que el vulgo adjudicaba un valor especial a aquellos alimentos que se asemejaban a los genitales porque en el fondo podían simbolizarlos. El mejor ejemplo lo encontramos en la palabra española vainilla que se parece a vagina. Igualmente las ostras tienen una viscosidad como el semen y su consistencia da la idea de las paredes de los genitales femeninos.

La idea de los alimentos como afrodisiacos se debe también a su aspecto, puesto que los banquetes dan lugar a reacciones sensuales en los cuales se busca la satisfacción visual y olfatoria. Recuérdese lo erótico que captábamos cuando en la película «Tom Jones» la pareja ingiere mariscos antes de ejecutar el acto sexual. Es decir, que el mecanismo oral toma una gran preponderancia dentro de la genitalidad.

Quisiera añadir algo acerca de los aromas corporales. Ellos poseen una alquimia que muchas veces se une al deseo. Pocas cosas tienen mayor efecto en la memoria erótica que los recuerdos de los olores aspirados y por ello podríamos hasta considerarlos como afrodisiacos. El perfume artificial que las mujeres usan es una manera de que su imagen sea retenida en la imaginación del hombre dejándole una huella profunda. Por lo tanto, el gusto y el olor suelen tener connotaciones sexuales y cuando uno ha comido alimentos bien sazonados, junto con un vino agradable, acompañado por música suave y la luz de unas velas, resulta natural el que todo ello culmine en el deseo y en la excitación erótica, puesto que no hay duda de que existe una relación estrecha entre la cocina y el amor.

En el siglo XIX algunos investigadores creyeron encontrar poderes afrodisiacos en las cantaridas y la yohimbina, esta última era una substancia cristalina y alcalí que se derivaba de un árbol que crecía en el África Central, sin embargo, ambas perdieron importancia con los descubrimientos de la testosterona y de los estrógenos.

Por último tengo que afirmar que nunca se descubrirá ningún afrodisiaco porque el mayor de todos ya lo lleva dentro el ser humano, o sea, la fantasía.